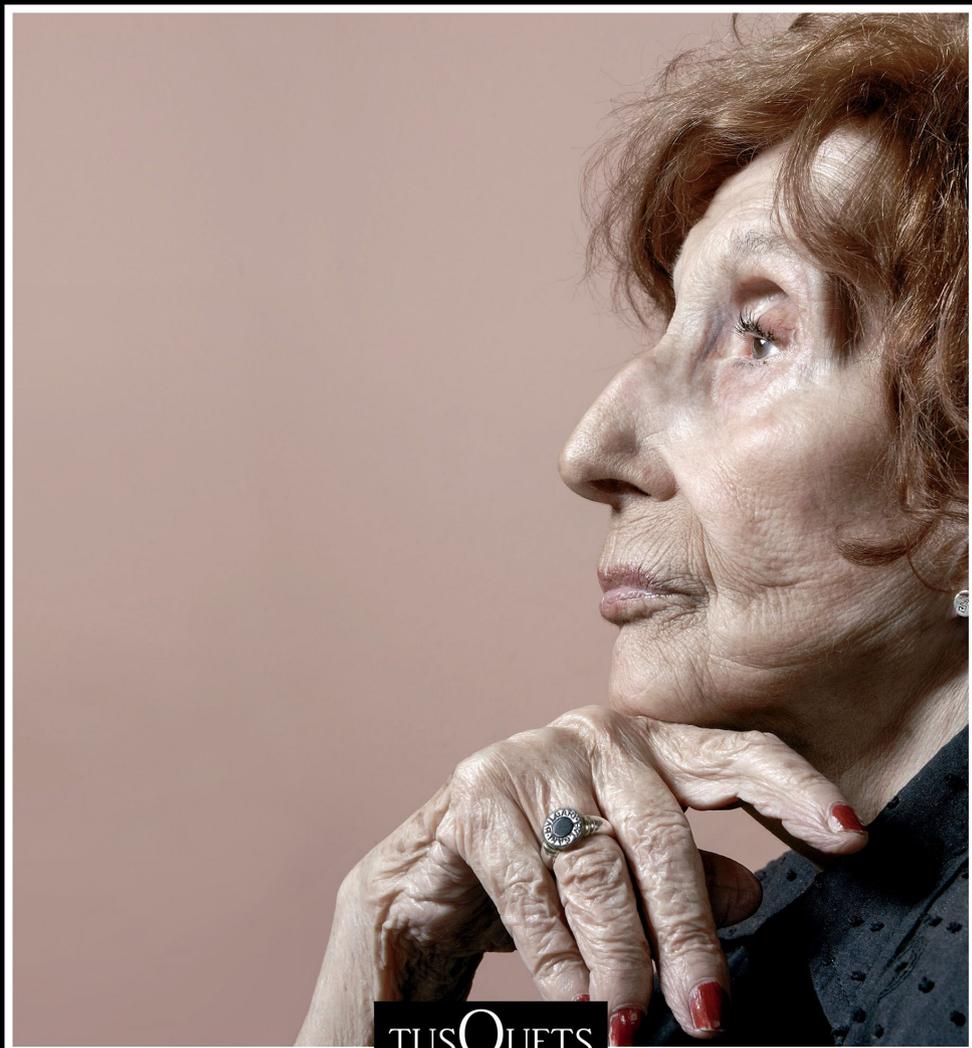


Liliana Viola

ESTA NO SOY YO

Biografía de Aurora Venturini

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LILIANA VIOLA
ESTA NO SOY YO
Biografía de Aurora Venturini

TUSQUETS
EDITORES

Macondo

Pie izquierdo sobre el estribo, pierna derecha sobre la grupa, tal como lo ha aprendido de chica en el Club Hípico, Aurora Venturini montó a Macondo.

Su padre tenía su caballo, ella también, y se le había permitido ponerle nombre¹ al suyo. “Nuestros equinos eran mansos y obedientes como perros grandes; la mansedumbre se les leía en las miradas. En el aquerenciamiento, cerca de los amos, los animales sonríen. Es cuestión de interpretarlos”.

Se jacta de no saber hacer nada con las manos, de haber sido siempre tremendamente torpe, nada de nada salvo escribir. No sabe correr, no sabe saltar, no es buena para ningún deporte. Sin embargo, aquí está, la equitación. Se jacta de haber sido la primera mujer que usó pantalones en La Plata, su ciudad. Pero no ha de haber sido tan tremendo el impacto: muchas veces,

1. En 1958 se publica *La hojarasca*, la novela de Gabriel García Márquez donde por primera vez aparece el pueblo Macondo, que regresa en *Cien años de soledad*. Aurora, quien desde sus primeros relatos intentará una versión propia de lo que llaman entonces “realismo mágico”, anuncia este rumbo poniéndole Macondo a su caballo.

por no llegar tarde, ha irrumpido en su clase de Filosofía en la Facultad de Humanidades vestida con pantalones y botas de montar.

En esta escena, fines de los años cincuenta, viene de hacer su paseo habitual desde el centro hasta la zona de las Mil Casas, en Tolosa, un proyecto urbanístico prometedor y popular que quedó trunco a poco de empezado. Estaba dando la segunda vuelta por las caballerizas que rondan el zoológico cuando el animal se paró de golpe y dio tranco atrás. Ella no tiró de la rienda, se bajó para ver hacia dónde se dirigía la mirada del caballo. El alambrado permitía ver la jaula del oso hormiguero; era evidente que Macondo lo había visto por primera vez y ahora estaba muerto de miedo; entonces conversaron.

Habla con los animales y asegura entender casi perfectamente las reacciones manifestadas por sus movimientos, bufidos o sonidos en general. Les lee la mirada. Lo ha explicado cada vez que fue necesario: “Estos ejemplares vivientes poseen tacto y sentimientos, cuestión de saber escucharlos en cuanto a sus necesidades y requerimientos”. No tiene nada que reprocharle a ninguno de los perros, caballos e insectos que amó en su vida. “Guardo *in mente* a Rebeca, mi araña inolvidable, a quien he dedicado páginas ya publicadas; a Zeico, mi lagarto de ojos verdes; a Ariadna, emparentada con Rebeca”.

El caballo le dijo que, aunque le buscara la cabeza al oso, no la encontraba. “Las rarezas lo sacaban como ocurre con los humanos —anota en su cuaderno—. ‘Ese ente enjaulado empieza y termina aparentemente

igual y es un monstruito’, le expliqué a Macondo, y se tranquilizó”.²

Ella, en cambio, nunca se tranquilizó. Nunca dejó de dar vueltas por las calles de La Plata, nunca dejó de hablar con los entes vivos y muertos ni de observar sin susto las rarezas de los monstruos.

Terminada la charla, volvió al Club Hípico y se sentó en la confitería a tomar un refrigerio. En pocos días se sentará aquí mismo a escribir en su cuaderno su primer cuento.



Conservaba en su escritorio y frente a su máquina eléctrica el recuerdo de sus tardes ecuestres.

2. Sus primeros cuentos aparecieron en 1963 bajo el título *Cuaderno de Angelina. Relatos de infancia*. Recuerda este episodio con Macondo muchos años después en su relato autobiográfico inédito “Mi tío Margaride”.

I. Exedra

Buenos Aires, esquina de Córdoba y Carlos Pellegrini, 28 de noviembre de 2007. Sin que ninguno de los presentes pueda sospecharlo, en esa confitería con nombre griego y fama de que al caer la noche se vuelve punto estratégico para el levante, la cita clandestina o la oferta sexual, se está jugando el destino de Aurora Venturini.

Cinco de los siete integrantes del jurado del premio literario más esperado de ese año se dieron cita en Exedra. Último día para emitir un veredicto. Llegan puntuales, se saludan y dicen algo sobre el estado del tiempo, un gesto de convivencia elemental para compensar la tensión que se va a respirar durante las dos horas que dure el encuentro. Una pregunta ronda la mesa aunque nadie la quiera pronunciar: ¿gana *Las primas* o queda descartada?

Una mujer de 85 años cuyo nombre desconocen, a 52 kilómetros de allí, los está obligando a discutir sobre literatura, a definir la diferencia entre el salvajismo y el candor, para qué sirve un premio, dónde reside lo correcto y a quién le importa. Pero, además, en esa mesa de caballeros se está decidiendo si esa mujer va a morir sin que nadie la haya leído o si vivirá los ocho años que le quedan reconocida como el gran hallazgo de la literatura argentina del siglo que empieza.

Exedra significa “lugar con sillas, espacio construido para la conversación”. Tan literal el nombre del boliche como la voluntad de los jurados que llevan dos semanas intercambiando correos en contra y a favor. Dos de ellos viajaron especialmente desde Villa Gesell para discutir todo esto cara a cara. De pronto, la molestia que genera la favorita se ha trasladado al resto de las novelas finalistas. Ahora tampoco hay consenso para el segundo y el tercer puesto, convertidos en prendas de negociación. El desacuerdo ha escalado a tal punto que en cualquier momento alguien podría proponer el duelo como única salida. Alguien ha llegado a decir: “Esto no es literatura”.

Los testimonios sobre lo que se habló esa tarde se proponen ser fieles pero fallan. Lo que dice uno termina siendo desmentido por lo que cree haber escuchado otro y nadie recuerda cómo fue que llegaron a la conclusión que dejó a todos contentos. Tal vez quieran guardar el secreto. Puede que todo sea culpa del whisky.

Su rutina de trabajo es así: se despierta temprano y escribe. Tacha, corrige y sigue. A la tarde llega su secretaria y pasa esos cuadernos a máquina. Cuando el trabajo está listo, ella busca una imprenta que no la haya estafado antes o una editorial que le prometa buena distribución aunque después no cumpla, paga por adelantado y se imprime. Desde el año 1942 ha venido confiando sus libros a la imprenta Moreno de La Plata

y a la Colombo de Buenos Aires, a los Talleres Gráficos Olivieri y Domínguez, Editorial Nueva Generación, Ediciones Simurg, Botella al Mar, Peña Lillo, Corregidor, Quinqué, Theoría, Pueblo Entero... En la lista no faltan una edición Municipal y una de Dunken, emblemático sello del “Hágalo, páguelo y publíquelo”. A juzgar por el descuido general y la omisión de la autora en los respectivos catálogos, se deduce que no se la considera un argumento de prestigio ni de venta.

Desde la primera vez, cuando publicó *Versos al recuerdo*, cada nuevo libro se presenta en la Biblioteca Francisco López Merino, ubicada en la calle 49 entre 11 y diagonal 74 de La Plata, el antiguo palacio familiar donde el poeta suicida vivió con sus padres y sus seis hermanas. Al día siguiente lleva un ejemplar firmado a la Biblioteca Central de la Provincia de Buenos Aires, un modo de ir armando sus obras completas en un anaquel oficial.

Llovieron premios para sus libros de poemas y siguieron lloviendo para su narrativa cuando dejó de escribir poesía y empezó a publicar relatos a comienzos de los sesenta: Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), Premio Municipal, otra Faja de Honor, una mención, Diploma de Honor de la Asociación de Escritoras y Escritores Católicos en 1969... Mientras la pared del comedor se va completando con galardones, ni la crítica ni el mercado acusan recibo, y al año siguiente el ciclo vuelve a empezar.

El diario *Página/12* había decidido festejar su cumpleaños número veinte organizando su primer concurso literario. La convocatoria se lanzó a fines de mayo de 2007 y el plazo de admisión venció en septiembre. El nombre “Premio Nueva Novela” fue una idea del entonces director, Ernesto Tiffenberg. No hubo discusión, aunque era evidente que tal declamación de novedad³ iba a exigirnos definiciones imposibles. ¿Éramos tan pedantes que buscábamos una renovación del género? ¿O tan literales que pedíamos una novela inédita?

Me encargaron la organización del concurso. Había hecho alarde de una experiencia en el tema completamente improbable. En realidad, redacté las bases copiando lo que me pareció mejor de los premios *La Nación* y *Clarín*, y luego me ofrecí a argumentar ante Martín Lousteau, entonces director del Banco Provincia, sobre la importancia de que esa institución aportara el dinero para el premio. El concurso se llamó “Premio Nueva Novela *Página/12*-Banco Provincia”.

Con Mariana Enriquez, Claudio Zeiger y Marisa Avigliano integramos el jurado de preselección. Todos los lunes nos repartíamos un pilón de novelas y los viernes nos reuníamos para contarnos lo que habíamos encontrado. Las medianamente potables merecían una

3. Finalmente, el nombre “Nueva Novela”, en contraste con la edad de quien resultó ganadora, fue uno de los primeros y más potentes hitos en la construcción de su personaje. En una de las más recientes reseñas de *Las primas*, el *Star Tribune* la presenta así: “Novelist Aurora Venturini was in her 80s when she was declared ‘new’” (La novelista Aurora Venturini tenía 85 años cuando fue declarada ‘una novedad’).

lectura cruzada, mientras que la mayoría se iba al muere trazando el mapa del estado mental de la clase media argentina en 2007: narradores despechados llorando las consecuencias de la emancipación de la esposa, bronca contenida por una separación que no se vieron venir y letanía de complicaciones por la reorganización familiar. Narradoras en sus 30 que, por un detonante en el presente, regresaban a un hito de su infancia donde algo daba forma a una tortuosa sexualidad. Intrigas policíacas con investigadores pasados de cancheros y móviles inverosímiles. Émulos de *Rayuela* y de Aira, todo a la vez; humoristas sin humor; la homosexualidad como descubrimiento, problema y castigo; y un enorme porcentaje de “ahora voy a contar mi historia por consejo de mi terapeuta”.

Más que con responsabilidad, leíamos con miedo de que se nos escapara un tesoro, de cometer una injusticia... Pero, sobre todo, un ridículo miedo de que nos engañaran con un texto plagiado, una broma, alguna maldad. Por esos días, los concursos literarios eran sospechados hasta la paranoia de estar “arreglados”. En 2005, y luego de ocho años de escándalo sostenido, la Corte Suprema había condenado a la editorial Planeta y a Ricardo Piglia por considerar que el concurso donde había ganado con *Plata quemada* había sido manipulado. En febrero de ese mismo 2007, la novela *Bolivia Construcciones* con la que Sergio Di Nucci, periodista de *Página/12*, había ganado el Premio La Nación-Sudamericana, era acusada de plagio. El libro se mantenía en las listas de los más vendidos, el campo académico debatía las relaciones entre robo, préstamo y ética, mientras el jurado revocaba el

fallo. A los pocos meses, Federico Andahazi, otra vez Premio Planeta, era acusado por los herederos del dramaturgo Agustín Cuzzani de haber plagiado *Los indios estaban cabreros* con su novela *El conquistador*.

El fantasma de la impugnación nos hizo extremar hasta el absurdo los recaudos. Nuestro grado de paranoia era proporcional a la megalomanía de que “nuestro premio” se volvería doblemente prestigioso, por limpio y por bueno. El público habrá pensado algo parecido porque llegaron 668 novelas desde casi todas las provincias, y también desde España, Chile, México, Colombia, Uruguay, Paraguay y Perú.

Junio de 2007. Marta Darhanpé, como todos los lunes a las tres de la tarde, usa su copia de la llave y abre la puerta del departamento 2 de la calle 37 entre 12 y 13, Barrio Norte de La Plata. Trae en la cartera un recorte del diario del domingo. Tiene una idea para levantarle el ánimo a su jefa.

“Yo la veía muy venida abajo últimamente, culpa del accidente que había sufrido hacía poco en la puerta misma de su casa. Había llamado a un taxi para ir como siempre a la confitería París, y no terminaba de sentarse cuando el taxista arrancó y la dejó tirada en el empedrado”.

El departamento está ubicado en una calle tranquila, casas bajas, puro silencio... Ella lanzó una maldición al aire y no pidió ayuda. Se levantó sin ningún hueso

roto pero a partir de ese día ya nunca salió de su casa sin secretaria y sin bastón.

Marta le entregó el recorte con las bases del concurso. Se elegirían un primer premio y dos menciones. El premio consistía en 30.000 pesos, una escultura de Adolfo Nigro y la publicación del libro. El tema: libre. La extensión: un mínimo de cien páginas. El jurado: siete prestigiosas plumas del mismo diario. Sandra Russo, Juan Forn, Alan Pauls, Rodrigo Fresán, Guillermo Saccomanno, Juan Sasturain y el editor de *Radar*, Juan Ignacio Boido. Había que presentarse con seudónimo.

Las bases pedían un texto escrito en Word, cuerpo 12, versión en papel anillada y en CD. *¿Qué es eso?* No hay computadora en la casa. Su dueña opina que esos artefactos con memoria y capacidad de transmitir imágenes esconden al demonio en alguna de sus formas. A veces accede a la presión y se compra una, pero a los pocos días la regala.

Tiene tres meses para inventar algo. La corre el tiempo, por eso esta vez hace una excepción: tipea ella misma en la máquina eléctrica aguantándose la artritis. Cuando llega su ayudanta le pide que lea en voz alta. Necesita escuchar el ritmo de sus propias palabras y recibir la primera opinión. Ahora dicta. Marta escucha, recién en la pausa hace algunas acotaciones. Los comentarios, por supuesto, son siempre halagüeños.

Marta Darhanpé es mi primera entrevistada, es la persona que conocí cuando conocí a Aurora. Fue su escudera, su sombra, su ayudamemoria, uno de sus espejos. Su primera secretaria. Tuvo tres. Me solicita no ser nombrada como secretaria sino como acompañante terapéutica. Se la nota ofendida desde que fue sospechada de un robo que no fue tal, despedida en 2012 después del accidente doméstico que dejó a su jefa primero al borde de la muerte y luego en proceso de recuperación. Pero lo peor de todo: en 2013 fue convertida en personaje de la única de todas las novelas de Venturini declaradamente autobiográfica, *Los rieles*, donde una asistenta llamada Inés Orete le roba unos cuantiosos ahorros e intenta envenenarla cuando está convaleciente en el hospital: “Aparentaba humillación y gran desapego a las personas y a los acontecimientos de cualquier índole. Inés Orete era indiferente, ausente, calladita. Miraba con los dientes del paladar superior que no encajaba en el inferior”.

Le recuerdo que Aurora en una de sus últimas intervenciones dejó en suspenso aquello de que ese personaje estuviera inspirado en ella y retiró toda sombra de acusación. Como prueba de lo que digo, leo en voz alta: “Tomé secretaria al decidir mi lugar de escritora para que me asistiera como tal. Marta Darhanpé fue la primera y durante muchos años me acompañó, luego tuvo que renunciar cuando me accidenté porque era muy difícil asistirme en esas condiciones”.⁴

4. Las citas de Aurora Venturini que no tienen referencia corresponden a nuestras conversaciones o a intercambios de mensajes de correo.

La secretaria no presta atención a lo que trato de decirle: “Porque además, tuvo la deslealtad de usar en una de sus novelas algo que yo le había contado a modo de confidencia. Era algo muy feo que me ocurrió hace años y era mi secreto.⁵ Puso mi historia tal cual. No sabés cómo me sentí cuando me vi escrita en letras de molde”. Agrega que tiene muchas cosas más para contar y que no son todas buenas. “Imaginate que son más de quince años que trabajé para ella”. Le propongo esperar hasta los últimos capítulos. Su marido, que interviene en un segundo plano en nuestra conversación telefónica, agrega comentarios. Conoció a la escritora, dice, estuvo haciendo algunos arreglos en ese departamento de Barrio Norte y considera que su esposa vivió años a merced de los caprichos de esta mujer. Él también ha cobrado lo suyo en *Los rieleles*: “Su marido, Tomás Orete, la ofendió obligándola a fornicar en el piso del dormitorio, sobre una hoja de diario. Trabajaba de camionero; dislállico y semianalfabeto”.

Marta admite no tener formación para llevar el título de acompañante terapéutica pero alega que su jefa sufría de agorafobia y que por eso la contrató. “Los tiempos antes del premio eran mejores”; charlaban, leían, salían juntas a todos lados. Con el éxito de *Las primas* cambió todo. “Decía cada vez más seguido eso de que todo el mundo tiene un precio”.

Aurora tenía terror a las escaleras mecánicas y a todo lo que significara salir a la calle. La secretaria la acom-

5. Por respeto al secreto de Marta, no revelaremos qué personaje estaría inspirado en sus confesiones ni en qué libro aparece.

pañ a comprarse ropa, a las presentaciones de libros, y muchas veces a la intendencia, ya que cuando se entera de que se viene un acto peronista o una discusión en la Legislatura, irrumpe, se sienta en la última fila y en algún momento da tres golpes de bastón para decir lo que tiene para decir. Los intendentes peronistas, Julio Alak primero y Pablo Bruera después, conocen de lejos esa silueta y esa voz. “Una prócer”, se dice por allí. Durante el mandato del intendente radical Pablo Oscar Pinto fue distinguida por votación unánime como Ciudadana Ilustre de su ciudad.

Pero más allá del estado de ánimo que recuerda Marta, es impactante la actividad que despliega su jefa durante todo el año que precede a la escritura de *Las primas*. Ha publicado cuatro libros: *Alpez* (2007) recoge viejos poemas corregidos; *Bruna-Maura. Maura-Bruna* (2006) es una novela breve, entre gótica y delirante; *Muerte al violador*, un texto que hasta el momento no hemos podido hallar pero que aparece nombrado por ella en varias ocasiones, y *Cantos de Maldoror. Satánica Trinidad* (2007), inclasificable y rarísimo ejemplar que combina la traducción, el ensayo sobre el conde de Lautréamont y la autobiografía. Además, va por su quinta edición el concurso destinado a plumas platenses donde actúa como presidenta del jurado, cuyo premio paga de su bolsillo y que lleva el nombre “Biblioteca Aurora Venturini”.

Quedaba poco tiempo para que se venciera el plazo y habíamos encontrado un número aceptable de finalistas —casi todas esas novelas resultaron publicadas en alguna editorial al año siguiente—, pero seguía sin aparecer el manuscrito fuera de serie a la medida de nuestras ilusiones.

Aurora no registraba la existencia del diario *Página/12* ni había leído a esos escritores que estaban discutiendo en Exedra: Juan Forn, Juan Boido, Rodrigo Fresán, Guillermo Saccomanno, Alan Pauls y Juan Sasturain. Su biblioteca, en cambio, guardaba los títulos del jurado soñado por más de medio siglo: Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Manuel Mujica Lainez, Rodolfo Walsh, Leopoldo Marechal, Leopoldo Lugones. ¿Habría que incluir a una mujer? Allá está su condesa sangrienta que vivió en París los años que hubiera querido vivir ella y que le marca un modelo de escritora: Alejandra Pizarnik, inútil para toda tarea doméstica y desentendida de todo lo que no sea escribir.

No leía cualquier diario, leía religiosamente *El Día* de La Plata porque ahí salían las noticias que le importaban y porque ahí siempre la habían reconocido y publicado. No la inspiraban el dinero del premio ni la estatuilla de Adolfo Nigro, a quien tampoco registraba. ¿Arte abstracto? Para eso, el gran Emilio Pettoruti, nacido en La Plata en tiempos de la fundación. Hijo mayor de una familia de inmigrantes italianos, alentado en su

vocación por su abuelo, igual que ella, y formado en Bellas Artes, igual que Yuna Riglos, la protagonista de la novela que va a comenzar a escribir en cuanto termine esta escena con su secretaria.

Pettoruti, el platense que llegó a ser el artista argentino más cotizado del mundo, será inspiración para su protagonista, la pintora minusválida, platense y triunfante. Otra inspiración es ella misma en modo profecía de autocumplimiento: destinada al anonimato durante 85 años, obtendrá un súbito reconocimiento que le cambiará la vida.

Lo único que le interesó del concurso fue la promesa de publicación. Escribía para publicar. Eso sí, antes quiso saber si *Página/12* no sería un diario gorila... No iba a prestarse a que abrieran el sobre y que al ver su nombre maldito la bajaran del podio. Aseguraba que la mismísima Amalita la había vetado una vez que llegó a finalista del Premio Fortabat, que el profesor Guillermo Ara le había revelado las internas que la dejaron afuera. En otro concurso del diario *La Nación* llegaron a decirle que jamás habían recibido un manuscrito suyo. Desde entonces, siempre reclamaba su original. Como tenía la sospecha de que al ver “Aurora Venturini” ni siquiera leían la obra, se tomaba el trabajo de intercalar una o dos piedritas entre las páginas. Si al volver a casa estaban allí, su hipótesis quedaba comprobada. No había perdido, la habían eliminado.

Definitivamente no tenía en cuenta que estábamos viviendo en 2007, que en ningún concurso la habrían tachado por un peronismo fechado en los años cua-

renta y que, además, a nadie le sonaba conocido su nombre.

Marta le respondió que *Página/12* era un diario “que dice las cosas como son”. En realidad consideraba que era un diario de izquierda, pero le pareció oportuno no mencionarlo. Las amistades de su jefa con la curia platense, que incluían diálogo con el obispo Jorge Bergoglio y adoración por un cura especializado en exorcismos, eran señales suficientes de que un “tufillo comunista” podía desbaratar el plan.

Mandó a comprar una resma, se acomodó en su escritorio con vista al patio, donde los potus colgaban cada vez más copiosos y una Santa Rita crecía gracias a la charla diaria, y tipeó el título del primer capítulo: “La infancia minusválida”.

¡Yuna! Ha elegido el nombre de su protagonista. En ruso significa “junio” y en Japón es un nombre femenino que significa “poder”. Yuna se llama el personaje principal del videojuego *Final Fantasy X*, creado unos cuantos años antes de que naciera la Yuna de Venturini. Pero es una heroína que ella no conoce ni le interesa conocer. Japón es cosa de Borges. Y los videojuegos, del diablo.

Yuna suena como la expresión fonética de Djuna Barnes, ella sí, *alter ego* que la vigila desde su biblioteca junto con Alejandra, Violette Leduc y Simone de Beauvoir. Yuna/Djuna: transgresora de la moral burguesa, de la política y de las convenciones literarias, autobiográfica en sus ficciones donde mandan el inconsciente y las mujeres. Aurora ama a lo que se le parece e intenta parecerse a unas pocas elegidas. Además, Yuna es cábala:

en su primera novela, *Pogrom del cabecita negra* (1968), uno de los personajes también se llamaba así.⁶

En *Las primas*, Yuna López se cambia el apellido por consejo de su profesor, que dice que para ingresar al mundo del arte hay que aparentar. Por eso se hace llamar Yuna Riglos. Mismo apellido aparece en el cuento “El abuelo Melo”, donde recrea la historia de su abuelo materno Pedro Melo, nacido en Entre Ríos en la localidad de Diamante, periodista que murió antes de que su nieta pudiera conocerlo. Allí consigna que fue enterrado en La Recoleta, en el panteón de “la familia Riglos”, sugiriendo un ascenso social esta vez logrado *post mortem*.

Cambiarse el apellido para ascender es el mismo consejo que en 1968 recibe de su amigo Miguel Ángel Asturias. En una carta que le escribe desde París, donde lo han nombrado embajador de Guatemala, Asturias responde a los lamentos de la escritora incomprendida: “Aurora, firma con el otro apellido familiar, ‘della Rovere’,⁷ acaso con eso les dores la píldora”. En esa

6. Cuando la editorial Sudamericana reeditó esta novela en 2014, ella le cambió el nombre a ese personaje, que ahora se llama Julia, consciente de que para entonces la Yuna de *Las primas* no admitía tocayas.

7. No se registra ese apellido en su familia. Es un apellido que le ha inventado Asturias o que se ha inventado ella misma. Si bien en la tapa de ese libro figura como Aurora Venturini, en la contratapa le hace caso a su amigo y se autodefine en tercera persona: “Aurora Venturini della Rovere, platense de la generación del 40, ha hecho poesía (varios volúmenes y premios: Almafuerte Municipal, Provincial, SADE). Pero como piensa que la poesía y el amor son para la juventud, decidió llegada la hora de pisar tierra firme y hacer prosa: ‘A veces siento que el verso insiste, pero le huyo’”.

carta, el autor que en un año recibirá el Premio Nobel, le transmite algunos yeites para hacerse un lugar en el campo literario: “Busca un editor para *Jovita la osa*, aunque ganes todos los premios del mundo, no saldrás a la necesaria palestra escrita con solo tus notas en el diario”.

Obediente como Yuna, Aurora consigue un crédito del Fondo Nacional de las Artes y en 1975 publica ese libro de cuentos en la prestigiosa editorial Peña Lillo, donde ese mismo año figuran dos amigos suyos: César Tiempo y José María Rosa. Usa como prólogo la carta de Asturias que ha muerto el año anterior y ya no está en este mundo para molestarse o aprobar el atrevimiento. *Jovita la osa* (1974) no obtiene ninguna repercusión.
